

Octavio Paz en perpetua ruptura

FABIENNE BRADU

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

RESUMEN: La vida de Octavio Paz casi coincidió con el siglo XX, y sus juicios sobre la historia resultan de una envergadura y una perspicacia poco comunes. Este artículo explora esta visión del imperio y de la rebelión en dos casos que él conoció bien: México y la India. Todo imperio conlleva la semilla de su destrucción y toda rebelión es deudora del imperio que abomina, tal parece ser la síntesis de la paradoja que aventura Octavio Paz. Esta concepción no es ajena a la poética del mexicano y éste es otro aspecto que el presente artículo procura precisar.

ABSTRACT: The life of Octavio Paz practically coincides with the 20th century, and his judgements on history thus come from an uncommonly wide span and perspicacity. This article explores this vision of an empire and a rebellion in two cases which he knew well: Mexico and India. Every empire carries within itself the seed of its destruction and every rebellion is a debtor to the empire which it hates, this appears to be the synthesis of the paradox which Octavio Paz ventures. This conception is not far from the poetics of the Mexican; this is another aspect which this article takes in precision.

PALABRAS CLAVE: Octavio Paz, historia, poesía, imperio, rebelión, postcolonialismo.

KEY WORDS: Octavio Paz, history, poetry, empire, rebellion, postcolonialism.

Octavio Paz tuvo una vida excepcional, no solamente por la altura de su obra y los reconocimientos que ésta le granjeó, sino también porque la duración de su vida coincidió excepcionalmente con un siglo. Su visión de la historia es, por lo tanto, asombrosa e inusualmente abarcadora del siglo XX, que se extinguió casi al mismo tiempo que él. Se antoja que la singularidad sella su pensamiento con lucidez y desencanto, que, tal vez, son las dos caras de la misma moneda reflexiva. Debido a que no murió joven como los poetas románticos o los revolucionarios con veleidades poéticas, alcanzó a observar los movimientos de la historia con la envergadura y la lentitud del observador que, frente al océano, se toma el tiempo de estudiar los flujos y reflujos del agua sin dejarse embaucar por la exaltante furia de las olas. Octavio Paz escribió y vivió la pasión de las espléndidas olas espumosas, pero también vio las resacas del amanecer, las retiradas de la energía marina hacia el horizonte y percibió la pestilencia de los desechos que el mar abandona en la playa.

Así reconstruye, por ejemplo, la compleja y a menudo dolorosa relación entre los imperios y las antiguas colonias en un siglo XX, cuya gran mutación, según él, “no fue la revolución del proletariado de los países industrializados sino la resurrección de civilizaciones que parecían petrificadas: Japón, China, India, Irán, el mundo árabe. Al contacto brutal pero vivificador del imperialismo europeo, abrieron los ojos, resurgieron del polvo y se echaron a andar” (Paz 1995c: 343). Para Octavio Paz, ninguna mudanza histórica, llámese revolución, rebelión, revuelta o resurrección, surge huérfana y desligada de los valores que pretende derrumbar. Es más, se antoja deudora de lo abominado, de la misma manera que el ser humano nace a la vida con la muerte en sus entrañas. La relación endogámica de la rebelión con respecto al imperio es la primera que resalta el poeta y también es la primera que hace saltar a algunos de sus lectores. Afirma, por ejemplo, en *Vislumbres de la India*: “El imperialismo británico trajo consigo su propia negación, los Evangelios y la democracia, la crítica intelectual y el nacionalismo” (1995d: 88). En más de una ocasión a lo largo de su obra ensayística, subraya la deuda de la India actual con respecto al imperio británico: “El Estado actual, en ciertos aspectos fundamentales, tales como el de la soberanía sobre la integridad del territorio, la democracia, el régimen de partidos, la igualdad ante la ley, los derechos humanos, la libertad de creencias y otros más es el heredero del British Raj” (1995d: 111). Lo mismo observa en América Latina, en particular en México, aunque con ciertas discrepancias debidas a la empresa de conversión religiosa que animaba al imperio español y de la cual carecían los británicos. Octavio Paz así resume la diferencia esencial entre las distintas inspiraciones colonialistas: “A diferencia de los conquistadores musulmanes o de los españoles y portugueses, los ingleses carecían de espíritu de cruzada: no querían convertir sino dominar, lo mismo en la esfera económica que en la política” (1995d: 119). Esta particularidad no hace al imperio británico mejor o peor que los otros, es simplemente distinto, pero, por otro lado, la ausencia de motivos religiosos en la colonización de la India no la redimió del resurgimiento de las sinrazones sectarias que desembocaron en la partición del territorio y el asesinato de Gandhi.

Plantearlo así, como lo hace Octavio Paz en *Tiempo nublado* o en *Vislumbres de la India*, equivale a plantear la paradoja del imperio que, al dominar a otros pueblos e imponerles sus valores y su visión del mundo, les aporta asimismo la crítica de la dominación. Esto no significa que los

colonizados no fuesen capaces de anhelar por sí solos la independencia sino que las armas para lograrlo venían junto con las que el imperio utilizó para sojuzgarlos. En el caso de la India y también de México, la lengua del imperio (el inglés y el español) fue un factor de unificación: en tales lenguas colonizadoras se redactaron las proclamas de independencia y se incitó al pueblo a levantarse contra la dominación extranjera. Por lo demás, es asombroso constatar cómo los líderes de los movimientos independentistas fueron casi todos hombres formados *en y por* los imperios, a veces, hasta tal punto, ejemplifica Octavio Paz en un pasaje de *Vislumbres de la India*, que “Gandhi leyó el *Bhagavad Gita* en la traducción al inglés de Sir Edwin Arnold” (1995d: 132).

Si concibiéramos la literatura como un territorio, diríamos que los escritores indios que hoy escriben en inglés —es decir, la gran mayoría de los más destacados— están cumpliendo, creo que sin proponérselo, una especie de venganza histórica, una reconquista sin violencia, una sigilosa y elegante colonización de la literatura del antiguo imperio. Y al paso, nada nos impediría considerar la traducción como una nueva forma de colonización, o bien de descolonización, que poco a poco llegara a desvanecer las fronteras y disolver los nacionalismos literarios.

Para seguir con el pensamiento de Paz, las páginas que se escriben durante una dominación imperial son en apariencia encontradas, pero también, sin duda, simultáneas; su interpretación no depende de los anteojos con los que uno quiera leerlas, es decir, no existe una interpretación de la historia desde el punto de vista de los vencidos y otra desde el punto de vista de los vencedores como muchos historiadores quisieran presentarlo. El terror histórico y también el intelectual, “no puede engendrar sino dos fraternidades inconciliables: la de los verdugos y la de las víctimas” (1994: 527), advierte el poeta mexicano, pues dos medias verdades, al sumarse, no forzosamente conforman una unívoca verdad. En México, el sincretismo, más que una suma, hoy se vive como una mezcla indisoluble y la pureza de razas, una fantasía o una utopía abolida desde los primeros años de la conquista. Octavio Paz recuerda que en alguna ocasión Nehru comparó la India con un palimpsesto, en el que “uno debajo del otro, están inscritos muchos hechos, ideas y sueños, sin que ninguno de ellos cubra completamente a los que están abajo” (1995d: 146). No sería impertinente extrapolar la metáfora del palimpsesto a la concepción que tiene Octavio Paz de la historia de los imperios y de sus colonias.

Pese a fundamentarse en contundentes ejemplos que no cabría enumerar aquí, semejante concepción tiene el don de irritar profundamente a los nacionalistas, como si Octavio Paz fuese un traidor de las causas independentistas y como si la paradoja que encierra el palimpsesto histórico justificara y hasta ennobleciera la dominación colonial. Nada más ajeno a la lucidez pasional del poeta que la nostalgia de las tardes de cricket y de una taza de té con sándwiches de pepino. Compruébese en la ironía de los siguientes versos del poema "Utacamud": "En la veranda del Cecil Hotel/ Miss Penélope (pelo canario,/ medias de lana, báculo) repite/ desde hace treinta años: *Oh India,/ country of missed oportunities...!*" (1995a: 359). Además, la misma idea de nacionalismo encierra otra paradoja que Octavio Paz expone así: "Como sentimiento y realidad histórica es tan antiguo como los hombres: no hay sociedad que no se haya sentido unida por una tierra, unas costumbres y una lengua; como idea, es una invención moderna de los europeos" (1995d: 147). La paradoja del nacionalismo se vuelve fatalmente una bomba porque "su mezcla con las religiones tradicionales ha sido y es explosiva. El nacionalismo hinduista de los extremistas del Congreso, como B. G. Tilak (1856-1920) fue la semilla de la ideología del actual Bharatiya Janata Party (BJP), que hoy amenaza con su doctrina de un nacionalismo hindú no sólo a la democracia sino a la integridad de la India" (1995d: 129). El diagnóstico de México es aún peor: "Las guerras de independencia fueron semilleros de caudillos. Con ellos comenzó esa enfermedad endémica de nuestras sociedades, el militarismo y sus secuelas: golpes de Estado, alzamientos, guerras civiles. Al liberarnos de la dominación española, la independencia no nos abrió las puertas de la modernidad sino las del pasado" (1995d: 153-154). Huelga puntualizar que todos esos caudillos fueron y siguen siendo fervientes nacionalistas que, como el caso flagrante de Fidel Castro en Cuba, en parte deben su permanencia en el poder a un hábil usufructo de la necesidad y la estulticia del imperio norteamericano. Aunque no lo nombre con todas sus letras, es sin duda el caso que Octavio Paz tiene en mente cuando en el capítulo "Revuelta y resurrección" de *Tiempo nublado* escribe: "El fin de los imperios coloniales europeos y la transformación de las antiguas colonias en nuevos Estados pueden verse como una gran victoria de la libertad humana. Por desgracia, muchas de las naciones que han alcanzado la independencia han caído bajo el dominio de tiranos y déspotas que se han hecho célebres por sus excentricidades y su ferocidad más que por

su genio de gobernantes” (1995c: 327). Por desgracia, cabe añadir, es también el diagnóstico vigente en varias regiones africanas.

Los nacionalistas que describe Octavio Paz reaccionan violentamente al leer estas verdades, que quizá duelan sin dejar por ello de ser ciertas. La modernidad impuesta por los imperios europeos conlleva la crítica del pasado, cualidad que Octavio Paz ejerce en su análisis de la historia pero que los nacionalistas, animados por doctrinas que se creían desterradas de la modernidad, se resisten a practicar. “En pueblos como la India y México, que han sido colonias y sufren dolencias psíquicas, el nacionalismo a veces es agresivo y mortífero, otras cómico” (1995d: 148). Hay además en este conflicto, que se observa tanto en América Latina como en la India, un gran malentendido que emponzoña los repasos históricos: la crítica de las derrotas o de los retrocesos de las naciones descolonizadas no significa una añoranza de la época imperial ni exime a los imperios de las atrocidades e injusticias cometidas en nombre del etnocentrismo que le subyace. “La crítica en ambos países —Octavio Paz está hablando de México y de la India— fue y es ambigua: es una ruptura con ese pasado y es una tentativa por salvarlo” (1995d: 93).

Los factores necesarios en la rebelión contra el imperio determinan, a la larga, un retroceso histórico (en América Latina a través de las distintas formas de caudillismos; en el mundo árabe en general, por los fanatismos religiosos). Mejor dicho, como rectificaría Octavio Paz si estuviera oyéndome, no tanto un retroceso que refrendaría la improbable línea recta del progreso, sino una resurrección de antiguas creencias acerca de la cual se pregunta el mexicano: “El regreso de la pasión religiosa y del fervor nacionalista esconde un significado ambiguo: ¿es la vuelta de los demonios y los fantasmas que la razón había exorcizado o es la revelación de verdades y realidades profundas, ignoradas por nuestras orgullosas construcciones intelectuales?” (1995d: 157). Octavio Paz no responde a dicha pregunta, que quizá constituya el meollo de las discusiones actuales sobre el rumbo que tomará el siglo XXI. No obstante, aventura con indiscutible clarividencia: “Lo que sí puede decirse es que la resurrección de los nacionalismos y los ‘fundamentalismos’ (¿por qué no llamarlos con su verdadero nombre: fanatismos?) se ha convertido en una amenaza de la paz internacional y de la integridad de las naciones.” (1995d: 157). No hay que olvidar que escribió estas líneas varios años antes del cierre del siglo XX, es decir, años antes de que el terrorismo islámico se volviera una noticia mundial y cotidiana.

En su discurso de recepción del premio Alexis de Tocqueville, en 1989, Octavio Paz precisa su idea de revolución a través de una metáfora que lo mismo puede extenderse a la historia y a la poesía: “Ha sido [la Revolución] la Estrella Polar que ha guiado nuestras peregrinaciones y el sol secreto que ha iluminado y calentado las vigiliadas de muchos solitarios. En ella se han conjugado las certidumbres de la razón y las esperanzas de los movimientos religiosos” (1994: 523). Si la veo como un gozne metafórico entre la historia y la poesía, es porque las rupturas que suceden en sendos ámbitos tienen un mismo origen y un efecto parecido. La sucesión de revoluciones que han roto las cadenas coloniales forman una tradición de ruptura parecida a la que ha marcado las vanguardias literarias del siglo xx. Piénsese en la siguiente descripción del proceso, que aparece en el mismo discurso de 1989: “Cierta, la novedad de la Revolución parece absoluta; rompe con el pasado e instauro un régimen racional, justo y radicalmente distinto al antiguo. Sin embargo, esta novedad absoluta fue vista y vivida como un regreso al principio del principio. La Revolución es la vuelta al tiempo del origen, antes de la injusticia, antes de ese momento en que, dice Rousseau, al marcar los límites de un pedazo de tierra, un hombre dijo: ‘Esto es mío’” (1994: 524).

Desde el título de uno de sus más famosos ensayos literarios: “El ocaso de la vanguardia”, Octavio Paz discute la idea de progreso en poesía y le opone la misma aspiración de regreso al origen que había destacado en los impulsos revolucionarios de la historia. Desarrolló dicha concepción desde sus más tempranos ensayos, quizá los más brillantes a mi gusto, como *El arco y la lira* y *Los hijos del limo*, y el paralelo que acabo de subrayar es la prueba fehaciente de que nunca Octavio Paz vio la historia o la política desde otra perspectiva que la del poeta, como tampoco jamás sometió la poesía a manoseos ajenos a sus apuestas. Esto mismo advierte Charles Tomlinson en un ensayo sobre la obra de Octavio Paz. Refiriéndose al título de un libro de Paz: *La otra voz*, Tomlinson sugiere: “En la historia, la otra voz es la voz que siempre se opone al determinismo histórico, que rechaza el estancamiento de lo predestinado y los callejones sin salida a los que son arrastradas nuestras vidas con tanta facilidad. Octavio Paz lo explica de la siguiente manera: ‘Cada poema es un intento por reconciliar historia con poesía, para beneficio de la poesía’” (Tomlinson 2001: 23).

En lugar de seguir citando uno de los tantos párrafos alusivos a la tradición de la ruptura en la historia de la poesía, prefiero transcribir

algunos versos extraídos de “El cántaro roto” (un poema fechado en 1955), tan o más claros que cualquier disquisición en prosa:

*hay que soñar hacia atrás, hacia la fuente, hay que remar siglos arriba,
más allá de la infancia, más allá del comienzo, más allá de las aguas del
bautismo,/*
*echar abajo las paredes entre el hombre y el hombre, juntar de nuevo lo que
fue separado,/*
*vida y muerte no son mundos contrarios, somos un solo tallo con dos flores
gemelas,/*
*hay que desenterrar la palabra perdida, soñar hacia dentro y también hacia
fuera,/*
*descifrar el tatuaje de la noche y mirar cara a cara al mediodía y arrancarle
su máscara,/*
*bañarse en luz solar y comer los frutos nocturnos, deletrear la escritura del
astro y la del río,/*
*recordar lo que dicen la sangre y la marea, la tierra y el cuerpo, volver al
punto de partida [...]*

(1995b: 216)

Y para terminar, quisiera formular una hipótesis que más bien atañe a la persona de Octavio Paz y quizá a todos nosotros también. Se me antoja que todos, adentro de nosotros, cargamos con un imperio frente al cual nos rebelamos o claudicamos según los momentos de la vida y según nuestro temperamento. Este imperio metafórico estaría conformado por los valores, las ideas, los gustos que no compartimos o no aceptamos, y sentimos que nos quieren imponer para matar nuestra capacidad de imaginar y de resistir, es decir, lo mejor de cada uno. También lo conformarían las injusticias y los naufragios de la historia, la doble moral y la mentira, las caídas y las torceduras de brazo que sufrimos a diario por grandes o pequeños motivos. Pero, lo mismo que en la Historia —con mayúscula—, sería una caricatura y un error sostener que el imperio está fuera de nosotros y nos quiere invadir, aunque la sensación sea la de una progresiva conquista de nuestros íntimos territorios. No; lo llevamos adentro y lo alimentamos de la misma manera que la rebelión, nace de nuestros impulsos o de la inspiración que otros nos inoculan.

Hasta el fin de su vida, Octavio Paz se mantuvo en perpetuo combate contra las ideas, las personas y las sociedades que le parecían injustas,

equivocadas o anquilosadas en un orden caduco. Sus conocidos arranques de rebelión le causaron condenas, calumnias y aplausos. En el origen de cada libro suyo, está la semilla de una rebelión. Pero, simultáneamente, luchó contra su propio imperio interior, afirmando y negando ideas o deseos que a veces podrían hacerlo pasar por incongruente. Por ejemplo, manifestaba un ansia de reconocimiento y, al mismo tiempo, un sincero desdén por lo mundano y todo lo ajeno a la poesía. Podía parecer altivo y hasta soberbio al gran público y mostrarse demasiado susceptible y vulnerable a la crítica de un tinterillo mercenario. Fue el orgullo de México, como lo calificó un presidente en turno, y el poeta más escéptico acerca de sus logros hasta su último suspiro. En lo político, resultó inasible para cualquier partido o coto ideológico. Cuando lo pensaban ganado para una causa, escapaba por la tangente crítica de las redes que rápidamente le echaban encima. Hasta el final protestó contra la injusticia que, en su caso, en los últimos meses, cobró la forma de un cáncer y de un dolor inhumano. Su capacidad de rebelión ni siquiera se extinguió con él; sobrevive en su ejemplo y en cada uno de sus libros.

BIBLIOGRAFÍA

- PAZ, OCTAVIO. *La otra voz en Obras completas*, tomo 1, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- . *Ladera este en Obras completas*, tomo 11, México: Fondo de Cultura Económica, 1995a.
- . *Libertad bajo palabra en Obras completas*, tomo 11, México: Fondo de Cultura Económica, 1995b.
- . *Tiempo nublado en Obras completas*, tomo 9, México: Fondo de Cultura Económica, 1995c.
- . *Vislumbres de la India*, México: Seix Barral, 1995d.
- TOMLINSON, CHARLES. "Elección y azar: recuerdos de Octavio Paz" en *Homenaje a Octavio Paz*, México: Fundación Octavio Paz, 2001.

FECHA DE RECEPCIÓN: 2 de julio de 2008.

FECHA DE ACEPTACIÓN: 20 de agosto de 2008.